

"PUEBLO" MADRID

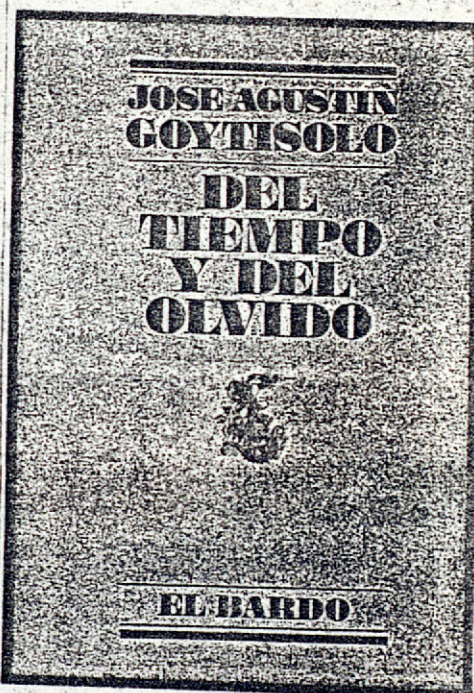
24 agosto 1977

LA VERDAD Y EL ARTIFICIO DE JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

EN la poesía de José Agustín Goytisolo, y concretamente en este libro último «Del tiempo y del olvido» (El Bardo, Lumen), intervienen el tiempo histórico, el tiempo físico y el tiempo metafísico. El histórico es el que corresponde a su generación —la del medio siglo—, especialmente marcado en él— y de otra manera en Gil de Biedma o Angel González—, por el realismo crítico, la protesta civil; el físico, por la experiencia humana, punteado de melancolía, con el alejamiento de los últimos adioses a la juventud. Y el tiempo metafísico, que es el de la poesía verdadera, porque transforma los anteriores, las huellas vivenciales, los recuerdos, las tensiones del espíritu y de la sangre en «cosa mental»: pensamiento, elucubración, imagen, dispositivo verbal —«artificio» dice el mismo poeta en el prólogo— para sorprender, emocionar, divertir al lector. El tiempo metafísico es la elaboración —un momento, muchos momentos, selección, corrección, interiorización oral, vivencia de la escritura que es la vocación— del poema. Con importarle mucho sus actitudes históricas —políticas, él lo dice también— y su aventura humana, lo que le importa más a José Agustín Goytisolo es la poesía, hacer buenos poemas, evitando caer en formulismos temáticos de momento, tendencia y de escuela. Yo diría, que también evitando caer en los lenguajes poéticos más prestigiados, por requintados y prestos a las variaciones que se hallen. Y no olvidando al lector: un lector ni tan primario como para satisfacerse de panfletos, charadas o sentimentalismos, ni solamente trabajado por las secuelas de Góngora o Mallarmé.

En el cuidadísimo arte de José Agustín Goytisolo entran por igual los buscados efectos de la letrilla y la vieja canción reelaboradas, cultas o populares, que la altiva o desdeñosa oda baudeleriana, la ancha, sarcástica, nerudiana o celayesca descripción prosaísta hasta el «menfutismo» o el delicado apunte de puntiagudo o sugerente lirismo de sabor albertiano o lorquiano. Todo al servicio de la fijación, casi diría que caligráfica, de sus hallazgos y proclamaciones.

No se trata de un libro unitario, aunque todo él tenga la intención única de llenar el tiempo y recrear el olvido como el que canta para espantar los males de la mala y de la buena experiencia caducadas. Se evocan amores, viajes y respuestas; se cuentan intimidades y trances de felicidad personal o solidaria; se cantan o satirizan ideas y situaciones históricas



o sociales; se consideran cosas. Confiesa —como titularia Neruda su libro de memorias— que ha vivido. Y levanta, como una bandera, su irrenunciable condición y dedicación de poeta. Espera, como dice en el prólogo, que un lector sensible sepa encontrar en su obra lo que haya de brillantez, lenguaje propio, innovación continua, porque si no, «adios, muy buenas». Poco sensible hay que ser, en efecto, para no hallarlo en seguida. Mas, por lo pronto, confiesa que la poesía le ha procurado en este tiempo un placer, un consuelo, una expansión, «un encuentro consigo mismo y con otra mucha gente».

No diré, sin embargo, que su brillantez, su innovación y peculiaridades de lenguaje figuren entre las más espectaculares de los poetas de su generación. Pero esa autenticidad con que vive su poesía, la realización entregada de sus poemas se impusieron desde el primer momento y se han mantenido crecientemente. Autenticidad que no es solamente ética sinceridad —en el sentido de decir verdades en sus versos—, sino artística en la forma que he comentado más arriba. Si para vivir auténticamente, como decía

Mallarmé, hay que transformar en conciencia la experiencia más larga posible, para el poeta esta conciencia debe doblarse en la realización del poema. Como salvación, para Goytisolo, aun sin la certeza —mas sí la esperanza— de que sirva para algo a los demás una vez que cumpla plenamente en el corazón del poeta.